

Isabelle Parrish



**FLORES QUE
SOBREVIVEN AL
INVIERNO**

Flores que sobreviven al invierno

Isabelle Parrish

 Matchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Isabelle Parrish, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: enero de 2024

ISBN: 978-84-08-28023-1

Depósito legal: B. 20.851-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



Tao

Tao Williams no tenía ni idea de qué narices pintaba allí.

Sabía que sería capaz de pensar en diez razones distintas de haberse lo propuesto, pero, aun así, ninguna acabaría pareciéndole lo suficientemente buena. ¿Conocer a la nueva novia de Michael? Sí, le hacía ilusión, aunque solo era una de las muchas excusas que se sumaban a la lista mental que había hecho para obligarse a acudir al Duck's aquella tarde. ¿Saludar a Debs, que llevaba empleada en la cafetería unos treinta años, y preguntar por sus hijos y marido? Descartado, porque ni siquiera estaba trabajando en ese momento. ¿Reencontrarse con sus antiguos compañeros de hockey? Bueno, pese a que era cierto que el verano les otorgaba la oportunidad de retomar el contacto después de un curso intenso en la universidad, tampoco los había echado *tanto* de menos.

Lo que añoraba era diferente: la sensación de pertenecer a algo, de sentirse bienvenido en el grupo de amigos con el que había pasado los mejores años de su vida, de deslizarse sobre el hielo a la velocidad del rayo y marcar de forma tan épica en el último minuto que una oleada de aplausos se levantara desde las gradas.

Inspiró con fuerza y comenzó a golpear las baldosas del suelo a un ritmo nervioso. Joder, no podía permitirse recordar esos senti-

mientos; no cuando sabía la culpa y el arrepentimiento que venían después.

—Que no, que la siguiente temporada la van a ganar los Boston Bruins, tú hazme caso. —Isaac resopló como un toro enfadado y apuntó a Finn con un dedo en el que llevaba un anillo plateado. Tenía un total de cuatro que, al ser bisutería barata, no tardarían en oxidarse—. Y que ni se te ocurra traicionar a tu tierra, tío, que te veo venir. Somos de Massachusetts y moriremos aquí.

Finn alzó las manos en el aire con inocencia fingida. Tao todavía no se acostumbraba a lo mucho que le había crecido la mata de rizos castaños durante los meses en los que no lo había visto, y sintió un ramalazo de nostalgia al cavilar sobre qué otras cosas se estaría perdiendo. El muchacho escuálido al que había conocido en su adolescencia se había convertido en un hombre igualmente delgado, sí, pero con el coraje necesario para discutir con Isaac.

—Hay que joderse; eres patriota para lo que quieres. De todas formas, no es culpa mía que los Florida Panthers sean mejores —se defendió ceñudo.

—Panthers, Panthers —repitió Isaac con tono de burla—. Menuendo nombre de mierda, ¡y no han ganado ni una sola vez! Son tan ridículos como el Michael de catorce años que decidió que era buena idea teñirse de verde. ¿Esa anécdota te la ha contado, Charlotte?

La aludida se separó de su novio y alzó la mirada en su dirección, negando con la cabeza con curiosidad. Se inclinó hacia delante con interés mientras Michael ponía los ojos en blanco, como si estuviese harto de aquella charla sin sentido, algo que Tao podía entender a la perfección.

—A mí dejadme fuera de todo esto —les pidió, pasando un brazo por encima del hombro de Charlotte para atraerla hacia sí—. Tenéis un gusto pésimo. Los dos —añadió, intercalando la mirada entre los dos chicos, que no parecían dispuestos a ceder.

Finn retomó la conversación en cuanto los labios de Michael volvieron a rozar los de la joven sentada a su lado. Tao alcanzó a oír cómo le susurraba «Ni caso, cielo. Estaba guapísimo».

—Lo que pasa es que sabes que estoy en lo cierto —le espetó Finn a Isaac con tranquilidad. Tao llevaba oyendo la misma discusión los últimos años de su vida y le parecía increíble cómo ninguno se cansaba de querer llevar siempre la razón—. En algún momento llegaré su hora de brillar.

—Ya, eso dices siempre, pero las cosas nunca mejoran para ellos, ¿eh? —Sonrió, burlón, como si el gesto sirviera para recordarle los resultados de las temporadas más recientes.

—¿Quieres apostar sobre los equipos que llegarán a los playoffs?

Tao dejó escapar un suspiro hastiado y vació su café de un trago. Hizo una mueca cuando su sabor amargo le llenó la boca, y tuvo que contener un escupitajo. Había vuelto a olvidar echarle azúcar.

Michael pareció ser el único de sus amigos que se percató de que no estaba prestando atención alguna al debate que se estaba desarrollando en la mesa, porque le dio un empujoncito suave con el codo y le preguntó:

—Eh, tío, ¿estás bien?

—Claro —soltó Tao de manera automática.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo había estado de verdad, aunque esa no era una información que pudiera compartir con Michael tan a la ligera. Con nadie, en realidad, porque se suponía que había ido al Duck's para ponerse al día con sus antiguos compañeros de hockey y que le contasen qué tal estaban. Pese a que esperaba oír la clase de anécdotas sobre los últimos años en la universidad que le recordasen todo lo que él nunca podría vivir al haberse quedado en Fall River y trabajar en la única tienda de música de la ciudad, lo que se había encontrado en su lugar lo había sorprendido mucho más.

Comprobar que las cosas no habían cambiado tanto, que continuaban hablando de hockey y de sus equipos favoritos como si todo siguiera como antes, le dolía de una manera que no sabía explicar con palabras. Era por eso por lo que, igual que llevaba haciendo desde que murió su padre, elegía callarse y fingir que todo iba sobre rue-

das; que no se sentía desplazado al ver que todos avanzaban hacia aquello que siempre habían estado destinados a hacer —jugar al hockey, ir a la universidad, crecer, enamorarse, vivir, vivir, *vivir*— mientras él se quedaba atrás.

—Tú estás conmigo, ¿no? —intervino Finn con una sonrisa apaciguadora, como si le hubiese leído el pensamiento. Tao parpadeó, cogido por sorpresa, así que el muchacho se apresuró a aclarar—: También crees que ha llegado el momento de que los Panthers ganen alguna vez.

—Claro —repitió el joven sin expresión. Se odió mientras decía aquello; detestaba parecer más un robot que un ser humano. Tragó saliva entonces con la esperanza de que eso hiciera que las palabras fluyeran con más facilidad—. Es decir, las posibilidades son igual de bajas que siempre, pero tu confianza en ellos es admirable, Finn. Al fin y al cabo, fuiste tú quien nos mantuvo a todos con la mente fría durante los partidos más complicados.

Su amigo abrió la boca, algo desconcertado por el cambio de tema, y terminó asintiendo sin contestar nada. ¿Qué respuesta había esperado, de todas maneras? Finn sabía que a él nunca le habían gustado los Panthers. Además, hacía años se había rumoreado que Tao quizá acabaría en los Boston Bruins y se convertiría en el orgullo de Fall River. Todos en su equipo lo sabían, y tal vez por eso mismo Isaac había saltado en favor del equipo de la capital. Puede que el motivo fuese que esperaba que el propio Tao lo respaldara o porque, como el resto de ellos, no había olvidado el futuro que el capitán del equipo de Spring High habría tenido al alcance de su mano si nada se hubiera torcido.

Si él no se hubiese alejado del hielo para siempre.

—Se nos está haciendo tarde —murmuró Isaac entre dientes tras echarle un vistazo al reloj de su muñeca. Iba vestido de negro por completo, lo que lo hacía parecer un personaje de *Grease* debido a la decoración de los cincuenta que reinaba en el Duck's—. Hemos reservado la pista para echar un partido, Tao. ¿Te vienes?

—¿Un... partido? —balbuceó él. Se mareó solo de oír esa pregunta.

No le pasó desapercibido el cuchicheo entre Charlotte y Michael, como si este tuviese que poner a su novia al corriente de por qué él hacía tiempo que ya no patinaba.

—Sí, ya sabes, por los viejos tiempos. Ahora que es verano y estamos algo más libres pensamos que sería divertido. —Isaac le dio un par de palmadas en la mano que, estirada entre ellos, servía de barrera entre el pasado y el presente, entre su antiguo equipo y su actual individualidad—. Pásate si quieres.

Tao frunció los labios y fingió que le había llegado un mensaje al móvil. Había existido una época en la que no había necesitado mentir para deshacerse de situaciones como esa porque jamás se habría negado a jugar con sus amigos. Sin embargo, ahí estaba entonces: sintiéndose como un extraño en su cafetería favorita, añorando la música suave de jazz que sonaba con regularidad en The Vinyl's House y deseando no saber nada más de un deporte y unos amigos con los que ya no tenía nada en común.

Tenía que salir de allí. Y no se refería solo al local de paredes revestidas de neones y con hamburguesas de un tamaño imposible, sino a Fall River; a Massachusetts en sí; al país, incluso, aunque puede que eso fuera llegar demasiado lejos.

Primero tendría que ahorrar para costearse vivir en un lugar lejos de las calles que lo habían visto crecer.

—Gracias, pero tengo planes. —Su voz le sonó demasiado artificial. Aunque estuvo seguro de que todos lo notaron, nadie mencionó nada al respecto—. Quizá otro día.

«Nunca», añadió para sí. Porque a ese paso jamás volvería a jugar al hockey.

—Deja que te lleve, al menos —insistió Isaac. No había movido su mano de la suya; la piel de ébano del chico contrastaba con la pálida de Tao, que ni siquiera notó el contacto. Su mente estaba ya a decenas de kilómetros de distancia.

—Cogeré el autobús.

—¿Autobús? ¿Qué...?

—Nos vemos luego, chicos.

No esperó a que Finn, Isaac, Michael o Charlotte se despidieran. A medida que se alejaba, no obstante, vio gracias al cristal que lo siguieron con la mirada, confusos, hasta que Tao abandonó el Duck's con las manos en los bolsillos y unas gafas de sol ocultando sus ojos vidriosos.

Al final sí que había sido una gilipollez ir hasta allí.

Caminó un par de manzanas sintiendo que el sol abrasador de principios de junio le perlabla la nuca de sudor. Oyó el sonido de un motor acelerar tan cerca que el simple rugido lo hizo estremecer. Con un rápido vistazo pudo comprobar que no se trataba de sus amigos en dirección al patinadero de Fall River, pese a que recordar la invitación le llenó de angustia. Ojalá hubiera podido decirles que sí, que iba a jugar con ellos, porque nada le habría gustado más que volver a enfundarse sus viejos patines y notar cómo las cuchillas rasgaban el hielo bajo sus pies.

Nada le daba tanto miedo, a la vez.

Y por eso también había rechazado que lo llevaran en coche hasta casa.

Y en la soledad era cuando volvían los recuerdos, aparecían las pesadillas y sonaba la voz de su padre repitiéndole una y otra vez: «Fue culpa tuya. Siempre fue culpa tuya».



Abby

El hielo quemaba.

Esa fue una de las primeras lecciones que Abby aprendió cuando se dio cuenta de que su vida iba a estar dedicada al patinaje artístico sobre hielo. Daban igual las caídas, las agujetas y los tirones; ella había nacido para estar en la pista y nada iba a impedirle moverse como un ángel sobre las afiladas cuchillas de los patines; ni el hielo sobre el que volaba y que le abrasaba la piel cada vez que fallaba ni la cantidad de heridas por caídas pasadas que decoraban su piel.

—Vamos, Sean: concéntrate. Ya debería salirnos bien a estas alturas.

Su compañero puso los ojos en blanco. Negó con la cabeza sin decir nada y se alejó de allí con rapidez para volver a su posición, deslizándose como si su cuerpo fibroso fuese ingrávito. Aunque nunca se había atrevido a mencionarlo en voz alta, Abby envidiaba de él la facilidad con la que patinaba, como si cada paso que daba no fuera una cicatriz más sobre el hielo; como si le diese igual el tiempo que pasara allí, sobre la pista, y nunca tuviese en mente un futuro más allá, una vida fuera de ámbito.

Sacudió la cabeza para ignorar aquellos pensamientos, ignoró también el lejano golpeteo de la lluvia en las ventanas y se colocó frente a

su amigo a varios metros de distancia. Inspiró hondo, dejando que el frío le congelase los pulmones. Eso la mantenía despierta, alerta y viva.

Al ritmo de las delicadas notas de piano que resonaron en el patinadero, Abby y Sean se encontraron en el centro de este. La joven sintió las manos de él sobre las suyas, guiándola sin mirarla a medida que giraban y saltaban en una coreografía impecable. Los dos tenían la cabeza bien alta y una sonrisa tensa en el rostro, pese a que Abby no estaba segura de que no estuviera causada por lo mucho que le tiraba el moño.

Ofrecían una imagen perfecta y delicada. Había una magia especial en patinar con Sean, pues la coordinación sin necesidad de palabras que nacía de llevar varios años patinando juntos hacía que todo fuera más sencillo. Al principio, cuando apenas habían comenzado a entrenar como pareja, la sensación de las manos del chico rodeando su cintura había enviado descargas eléctricas a las puntas de sus pies. Con los meses, sin embargo, se había acostumbrado a tenerlo así de cerca. Abby se había dado cuenta de que no iba a encontrar en él un amor romántico, sino un amigo; al mejor, además, y también al novio más olvidadizo del mundo, pues la chica podría jugarse la mano derecha sin temor a perderla a que estaba tan despistado durante el entrenamiento de ese día porque luego había quedado con Theo y, a juzgar por la conversación que habían mantenido antes de empezar a patinar, ni siquiera él sabía aún el porqué.

—Me ha dicho que es por algo especial, Abby. ¡Especial! —había estado a punto de gritar cuando se habían encontrado en la puerta de la pista. Sean había estado mirando los mensajes del móvil de manera compulsiva sin despegar la vista de la pantalla.

—¿Y has pensado en, no sé, preguntarle el motivo?

Él la había mirado como si se hubiera vuelto loca.

—Esta es precisamente la razón por la que no tienes pareja. ¡No puedes ir preguntándole a la gente por qué quiere tener una cena especial contigo!

—No estamos hablando de «gente» como tal, sino de tu *novio*

—Abby se había armado de paciencia mientras se cruzaba de brazos para parecer algo más intimidante, puesto que Sean era mucho más alto que ella—, con el que se supone que tienes la confianza suficiente como para confesar que no sabes la razón por la que quiere ir a cenar esta noche a un sitio elegante.

—No puedo hacer eso. —El muchacho se había llevado las manos a la cara y había gemido como si el fin del mundo se cerniera sobre él—. No quiero que Theo piense que soy tan desastre.

—Bueno, es que un poco sí que lo eres. Lleváis dos años juntos, de todas formas. No es como si no lo supiera ya.

—A veces, eres de todo menos una gran ayuda —había gruñido Sean entre dientes.

—Lo hago lo mejor que puedo, Romeo.

Él la había empujado con la cadera, ceñudo, y Abby había estado a punto de resbalarse.

—Haz eso otra vez y te juro que te quedas plantado antes de que empiece la temporada, Sean Carter —le había dicho antes de que se separaran para entrar cada uno en su vestuario. El joven le había sacado la lengua, burlón, y había alzado el móvil en su dirección.

—Estoy seguro de que me contará qué se trae entre manos si le envío un par de *nudes*.

—¡Sean! —Abby había enrojecido segundos antes de que una risa tonta le brotase de la garganta. Alarmada, había mirado en derredor para comprobar que nadie los estuviese oyendo. No quería descubrir las reacciones de los fans que los seguían de cerca en las redes sociales si los pillaban hablando de sexo en público; no después de la imagen distante que tanto se habían esforzado en proyectar—. Espero que estés bromeando.

—¿Por qué, Abby? ¿También te gustaría verlos?

Ella no le había respondido, consciente de que el chico solo quería provocarla. Funcionaban así: Sean contaba chistes y ella se reía; Sean conducía y ella elegía la música —que solía variar desde el primer disco de Taylor Swift hasta el último, pasando por cada Taylor's Version que

hubieran sacado hasta el momento—; Sean la alzaba en volandas y ella...

—Lo siento —se disculpó el muchacho cuando, ya entrenando, después de que hiciera un *toe loop*, aterrizó demasiado cerca de ella y la desestabilizó tanto que estuvo a punto de hacerla caer.

—Estás fallando en los saltos más simples —repuso ella al tiempo que se sacudía el hielo de los *leggings*.

—Y te pido disculpas, pero es que hoy tengo la cabeza en otra parte.

Abby rechinó los dientes y sacudió la cabeza, pidiéndole así que volvieran a intentarlo. Después de tantos años en la pista, los fallos que últimamente se les acumulaban eran demasiados. Precisamente porque sabían mejor que nadie cómo eran los días malos y lo mucho que estos afectaban a la técnica, nunca se juzgaban el uno al otro.

Nunca, hasta entonces.

Abby intentó concentrarse en la mano del chico sobre la suya; en su piel morena llena de pecas y la forma en la que la sujetaba, como si fuese parte de una decoración superficial. Una bailarina bonita, sin duda, pero también inútil. Tal y como Levi, su entrenador, se había encargado de mostrarla al mundo: una chica con talento para el patinaje y nada más; una figura que, más pronto que tarde, caería en el olvido.

Y ella se negaba a sentirse de esa manera. Sobre todo, al estar tan cerca de comenzar la nueva temporada. Los nervios siempre eran los mismos por aquellas fechas, pero el miedo a que su carrera como profesional se terminase para siempre y una nueva vida empezase para ella —esa en la que ya no sería patinadora, sino *algo más*— no estaba dejando espacio para otra cosa.

—Vale, ya es suficiente. —Frenó en seco, dejando que el movimiento rasgara el hielo bajo sus pies y lo levantase en una fina ola—. Es obvio que nada nos está saliendo bien hoy, así que creo que es mejor que lo dejemos.

—¿Dejarlo? —repitió Sean. Se mordió el labio inferior y desvió los

ojos, del color del café más amargo, hacia el entrenador. La joven también podía sentir la intensidad de la mirada del hombre que los observaba en la distancia, pero se negaba a devolvérsela—. No nos lo va a permitir, Abby.

—¿Que no? Ya te digo yo que sí.

—Espe...

Aunque intentó detenerla agarrándola del brazo, la joven se zafó del contacto con brusquedad. Era consciente de que no era justo para Sean que actuase de ese modo, como si tuviesen la competición más importante de sus vidas al día siguiente y no al cabo de casi un año, pero aquel era un comportamiento que le salía de modo natural. No debía permitirse descansar ni desperdiciar ni un momento si quería ganar la primera edición de la copa Longan.

«Y retirarte del deporte para siempre», dijo una voz maliciosa en su cabeza, la de los pensamientos intrusivos, por supuesto. Porque no podía permitirse pensar en dejar aquel mundo después de tantos años, por mucho que la agobiase seguir en él y no tener la oportunidad de soñar con otra cosa.

Cerró los ojos, deseando que la posibilidad de abandonar el patinaje desapareciese de su mente. Odiaba que se le apareciera en los momentos de bajón, como si fuese un final irremediable para su carrera como patinadora, y le asustaban las consecuencias que cambiar su destino tan bruscamente trajesen para ella.

—Levi —saludó al entrenador cuando llegó a su lado.

Este levantó una ceja rubia, en silencio. Durante los segundos en los que sus gélidos ojos azules se posaron sobre ella, Abby se sintió pequeña, como si tuviese tan poco valor que fuera a desaparecer de un momento a otro y lo único que estuviera en su mano para hacerse notar un poquito más fuera demostrar que valía la pena.

—Espero que Carter y tú tengáis una buena razón para haber parado tan pronto, Langford —fue todo lo que el hombre replicó.

—No vamos a seguir —anunció ella, luchando porque no le temblase la voz ante el tono impertérrito del entrenador. Escondió las

manos tras la espalda y tragó saliva cuando olió la colonia de Sean, lo que le indicó que su amigo había acudido a su lado—. No me... —Vá-ciló—. No me encuentro bien.

—Levi, no es verdad, es mi...

El joven enmudeció cuando el entrenador alzó una mano entre ellos para interponer una distancia imaginaria. Sean, pese a que era mucho más alto que cualquiera de los presentes, también se encogió, como si quisiera salir de allí. Levi tenía esa clase de influencia en los demás: aterrorizaba con solo pestañear y el hecho de que se cruzase de brazos, justo como en ese momento, era...

Oh, no. Una mala señal.

—No sé qué os pasa hoy a los dos, pero, si seguís como hasta ahora, no vais a conseguir nada —les espetó sin un ápice de emoción. Abby y el chico asintieron al unísono—. Volved a casa y descansad; mañana será otro día..., uno en el que espero tratar con patinadores que aspiran a dedicarse a esto y no con simples jovencitos que buscan pasar el rato. Sabéis que no me gusta que me hagan perder el tiempo.

—Sí, señor —respondió Sean.

Abby no tuvo voz para añadir nada. Sentía la vergüenza como si alguien estuviera presionando contra su estómago hierro candente, recordándole con su calor que el hielo quemaba.

Quemaba.

Quemaba.

Y, a veces, a Abby le asustaba que ese ardor fuera todo lo que llegase a sentir en la vida.